

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración de Jesús (10)

7 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En una serie de catequesis anteriores hablé de la oración de Jesús, y no quiero concluir esta reflexión sin detenerme brevemente en el tema del silencio de Jesús, tan importante en su relación con Dios.

En la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* hice referencia al papel que asume el silencio en la vida de Jesús, sobre todo en el Gólgota: «*Aquí nos encontramos ante el "mensaje de la cruz" (1Co 1,18). El Verbo enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha dicho hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí*» (n. 12). Ante este silencio de la cruz, san Máximo el Confesor pone en labios de la Madre de Dios la siguiente expresión: «*Está sin palabra la Palabra del Padre, que hizo a toda criatura que habla; sin vida están los ojos apagados de Aquel a cuya palabra y ademán se mueve todo lo que tiene vida*» (*La vida de María*, 89: *Testi mariani del primo millennio*, 2, Roma 1989, p. 253).

La cruz de Cristo no solo muestra el silencio de Jesús como su última palabra al Padre, sino que revela también que Dios habla a través del silencio: «*El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada. Colgado del leño de la cruz, se quejó del dolor causado por ese silencio: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué*

nosotros, para que el amor a Él arraigue en nuestra mente y en nuestro corazón, y anime nuestra vida. Por lo tanto, la primera dirección es volver a aprender el silencio, la apertura a la escucha, que nos abre al otro, a la Palabra de Dios.

Además, hay también una segunda relación importante del silencio con la oración. En efecto, no solo nuestro silencio nos dispone para la escucha de la Palabra de Dios. A menudo, en nuestra oración, nos encontramos ante el silencio de Dios, experimentamos una especie de abandono, nos parece que Dios no escucha y no responde. Pero este silencio de Dios, como le sucedió también a Jesús, no indica su ausencia. El cristiano sabe bien que el Señor está presente y escucha, incluso en la oscuridad del dolor, del rechazo y de la soledad. Jesús asegura a los discípulos y a cada uno de nosotros que Dios conoce bien nuestras necesidades en cualquier momento de nuestra vida. Él enseña a los discípulos: «*Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis*» (Mt 6,7-8): un corazón atento, silencioso y abierto es más importante que muchas palabras. Dios nos conoce en la intimidad, más que nosotros mismos, y nos ama: y saber esto debe ser suficiente. En la Biblia, la experiencia de Job es especialmente significativa a este respecto. En poco tiempo este hombre lo pierde todo: familiares, bienes, amigos, salud. Parece que Dios tiene hacia él una actitud de abandono, de silencio total. Sin embargo, Job, en su relación con Dios, habla con Dios, grita a Dios; en su oración, a pesar de todo, conserva intacta su fe; y, al final, descubre el valor de su experiencia y del silencio de Dios. Y así, al final, dirigiéndose al Creador, puede concluir: «*Te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos*» (Jb 42,5); todos nosotros conocemos a Dios casi solo de oídas, y cuanto más abiertos estamos a su silencio y a nuestro silencio, más comenzamos a conocerlo realmente. Esta confianza extrema que se abre al encuentro profundo con Dios maduró en el silencio. San Francisco Javier rezaba diciendo al Señor: «*Yo te amo no porque puedes darme el paraíso o condenarme al infierno, sino porque eres mi Dios. Te amo porque Tú eres Tú*».

Encaminándonos a la conclusión de las reflexiones sobre la oración de Jesús, vuelven a la mente algunas enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*El drama de la oración se nos revela plenamente en el Verbo que se ha hecho carne y que habita entre nosotros. Intentar comprender su oración, a través*

momento de la pasión y muerte, cuando pronuncia el "sí" extremo al proyecto de Dios y muestra cómo la voluntad humana encuentra su realización precisamente en la adhesión plena a la voluntad divina y no en la contraposición. En la oración de Jesús, en su grito al Padre en la cruz, confluyen *«todas las angustias de la humanidad de todos los tiempos, esclava del pecado y de la muerte; todas las súplicas y las intercesiones de la historia de la salvación... He aquí que el Padre las acoge y, por encima de toda esperanza, las escucha al resucitar a su Hijo. Así se realiza y se consuma el drama de la oración en la economía de la creación y de la salvación»* (Catecismo de la Iglesia Católica, 2606).

Queridos hermanos y hermanas, pidamos con confianza al Señor vivir el camino de nuestra oración filial, aprendiendo cada día del Hijo Unigénito, que se hizo hombre por nosotros, cuál debe ser nuestro modo de dirigirnos a Dios. Las palabras de san Pablo sobre la vida cristiana en general valen también para nuestra oración: *«Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»* (Rm 8,38-39).

(Saludo al Sínodo de los armenios y a los fieles de lengua española)